

defensa , siendo uno de los mas serviles cortesanos de Milord , hizo tan mala defensa , que perdió la causa : al mismo tiempo todos los señores vecinos fueron invitados á asistir á un gran cacerío : hicieron pasar muchas veces el ciervo por los campos ó tierras de Simpson , que fueron por este medio completamente destruidas ; y en fin , para llevar al colmo tantos delitos , el abogado de Simpson reclamó una cantidad exorbitante por sus honorarios y sus pretendidos desembolsos en el proceso inícuo de que acabamos de hablar ; y por no poder este desgraciado satisfacerla , le hizo prender y sumergir en una cárcel.

Mi corazon sufría al horroroso

espectáculo de tan injustas vejaciones : yo enviaba á la familia de Simpson lo poco que podia economizar , y logré pasar al padre un billete , en el que yo habia disfrazado mi letra , y en la que le aconsejé ceder aparentemente á la voluntad de mi tio , para obtener su libertad , y aprovechar la ocasion de huir á otro pais lejano. Sea que desconfiase de un billete anónimo , ó que tuviese toda su confianza en la justicia , no siguió mi consejo.

Mi tio no habia abandonado sus proyectos : mandó se presentase la hija de Simpson , á la que acompañó su madre. Se esforzó en hacerla conocer la ventaja de sus proposiciones ; y viendo que nada

adelantaba con ellas , prorumpió en injurias y amenazas , asegurándolas que si no condescendian á su voluntad , haria colgar á Simpson.

La pobre hija , acobardada y determinada á sacrificarse por salvar á su padre , sin decir una palabra á su madre volvió en la oscuridad de la noche á presentarse al tirano , y...

¡Esta idea despedaza mi corazón! El mónstruo era mi tío , y me avergüenzo aun al considerar que una misma sangre circulaba en nuestras venas.

Al dia siguiente, Milord, exacto en su palabra , envió á su confidente á la cárcel para sacar á Simpson. «¿Qué ser tan generoso,

esclamó este infeliz , ha pagado una deuda injusta para rescatar mi libertad?

— Milord , nuestro buen señor, os perdona.

— ¡Milord,...!!! ¿y bajo de qué condiciones ha hecho....? ¿Mi hija acaso habrá....? ¡Oh! no: nunca se envilecerá hasta ese extremo; otro era dueño de su fe.

— A vos es á quien toca aclarar eso : yo he desempeñado mi comision ; y si quereis permanecer aun en la cárcel, sois mui dueño.»

Simpson estuvo un momento vacilante. Sin embargo, esperando que mi tío habria podido arrepentirse de su mal proceder, y adoptado los sentimientos puros de

justicia , salió de la cárcel y se fue á su casa , y despues al palacio á reclamar su hija : le fue negada la entrada , y se metió en una taberna , donde refirió su desgracia á todos los que quisieron oírle , jurando vengarse , y estuvo hasta la noche en este acceso de furor : el fondista , que dependia enteramente de las bondades de mi tio , no quiso concederle hospedage por aquella noche , y el desgraciado Simpson , atontecido por la pena , y por el licor que de intento habia bebido para embriagarse algo , salió de la taberna ya cerrada la noche. Despues no se volvió á oír hablar nunca del asunto.

La noticia de su desaparicion

fue propagada bien pronto , y llegó á oídos de su desgraciada hija. Enagenada , llena de horror , y creyendo verle continuamente en su presencia , y echarla en cara su debilidad , no vió ya en su tirano sino el asesino de su padre , y en sí misma su culpable cómplice. Las rosas de sus mejillas se marchitaron , una calentura violenta se apoderó de ella , y en menos de una semana fue sumergida en el sepulcro esta desgraciada víctima.

Mi tio , que temia escitar contra sí los clamores del público , hizo muchos beneficios á todos los aldeanos , lisonjeó á los unos , amenazó á los otros , aseguró una ligera pensión á la madre ; y bien

pronto esta accion , hecha para provocar la venganza divina y humana , fue sepultada en el olvido.

Desde este momento aborrecí yo á mi tio , y el respeto que habia tenido por mi padre se debilitó considerablemente. Condenaba la pusilanimidad de este último , y no concebía cómo habia podido permanecer espectador indiferente de un crimen tan abominable.

Yo me entregué mas que nunca al estudio , y al mismo tiempo tomaba nuevas fuerzas el amor que sentia por Elisa. Ella habia llegado á ser el objeto único de todas mis atenciones. El placer brillaba en los ojos de las intere-

santes hijas del caballero Hanson cuando me hallaba entre ellas; pero me pareció que la emocion de Elisa era mas viva. Me parecia ser amado , y no me atrevia á entregarme enteramente á esta idea. Yo no tenia ningun designio positivo ; mis deseos se limitaban á la felicidad que disfrutaba estando junto á ella , y á las inocentes caricias que nos prodigabamos á cada momento.

Este estado de cosas no podia durar mucho tiempo ; y un dia que me paseaba solo en un hermoso prado , descendí mas que nunca hasta el fondo de mi corazon. Ella me ama , me decia yo mismo : la hermosa Elisa ha fijado en mí toda su inclinación. Sí , hemos

sido formados los dos el uno para el otro, y verla pasar á los brazos de otro hombre seria el decreto de mi muerte. Soy rico, y me casaré con Elisa. Su hermosura, sus virtudes son capaces de asegurar la felicidad del que ella honre con su eleccion.

Yo sospechaba bien que semejante union no entraria de ninguna manera en las miras de mi familia, y menos que yo sacrificase la herencia considerable de mi tío y de mi padre; pero me quedaba una pension de doscientas libras esterlinas, y una pequeña posesion de cuarenta mil, que no me podian quitar cuando tuviese la edad de diez y nueve años.

Como el brillo de las grande-

zas no tenia ningun atractivo para mí, y yo hallaba en esta renta lo suficiente á subvenir á mis necesidades, no tuve para dar pábulo á mis cavilaciones, y me determiné á esperar con paciencia estos diez y nueve años, época en que yo pediria el consentimiento de mi padre, y en que me casaria sin él si no le podia obtener. Yo no creí deber confiar mi secreto al caballero Hanson: conocia sus principios, veia que examinaba atentamente mi conducta con respecto á sus hijas, y ayudaba indirectamente las miras de mi padre, hablando frecuentemente sobre la necesidad de consultar las ventajas que hai en los enlaces.

El caballero Hanson tenia entonces un hijo ausente de casa, á quien mi tio habia puesto en la escuela de *Westminster*, donde habia rápidos progresos: no dejaba de alegrarme de tener ese vigilante menos; mas despues que yo habia leído en mi interior, me incomodaba la presencia del padre; me parecia que me adivinaba: no volví á entrar mas en su casa con tanta libertad; media mis palabras, y todo anunciaba en mi casa la violencia.

Elisa se impuso, y sospechó la causa de mi turbacion. Yo no podia ya acercarme á ella sin que inmediatamente se encendiese su frente, y su turbacion la daba una nueva gracia á mis ojos. Desde en-

tonces me decidí yo á hacerla la confesion de los tiernos sentimientos que me habia inspirado, y la casualidad me proporcionó la ocasion.

Una tarde la encontré en un senderito estrecho que seguia las sinuosidades del rio. En este momento casi hubiera yo querido no hallarla: los dos nos pusimos muy colorados; yo tenia mil cosas que decir, y no decia nada: nos paseamos un largo trecho sin atreverse ninguno de los dos á entablar conversacion. «¡Bella tarde! dije yo al fin: ¿cómo es que habeis salido sin vuestras hermanas, Elisa?

— Estan ocupadas; pero vos, caballero, ¿por qué no vais á ver-

nós con la frecuencia que antes? ¿teneis algun motivo para no apreciarlos?

— ¡Para no apreciaros, Elisa! ¡oh! no; pero esas visitas son mui peligrosas: ¿quién puede ver jóvenes tan bellas sin verse obligados á amarlas?

— Pues qué, ¿hai peligro en amar?» Ella me miró, se sonrió, y se puso colorada á un mismo tiempo. «Pero vos, Teodoro, vos no podeis correr esè peligro, pues pondreis vuestras miras en una persona que tenga alta cuna y riqueza.

— No, exclamé yo, jóven interesante: no, yo no daré jamas mi mano sino á la que posee mi corazon: vos sois la que este corazon

ha escogido, y de vos sola espero yo mi felicidad.»

Elisa suspiró, y no me hizo desear mucho tiempo la confesion que yo ansiaba obtener. No ignorabamos que el instante de nuestra felicidad estaba aun mui distante; que yo experimentaria muchos obstáculos por parte de mi familia; pero nos resignamos con paciencia, nos juramos una constancia eterna, y nos prometimos hacer mas llevadero el fastidio de la espera, aprovechando todos los instantes que pudiesemos consagrarnos sin cometer imprudencias.

El ojo de un padre siempre es penetrante: el caballero Hanson habia leido nuestros corazones, se habia propuesto muchas veces ar-

rancarme una confesion; pero siempre que habia intentado arrancármela, habia espirado la palabra en sus labios: llegué al fin á la edad de la independenciam, y entonces dispuse una mañana ir con el caballero Hanson á ver mi pequeña herencia: yo estaba mui orgulloso recorriéndola y diciendo: *Esto es mio; aquí puedo mandar como amo.* El conserge nos recibió bien: nos enseñó uno tras otro todos los cuartos; y haciéndonos pasar á uno mas bello que los otros, nos dice: «Ved aquí el cuarto que mi Señora acostumbraba á ocupar, y que le llamaba su departamento, como el mas agradable y mas solitario de toda la casa.

— Ese será tambien el de mi

muger, dije yo sin reflexion; porque quiero que tenga la mejor que hai aqui.

— No penseis en eso, me dijo el conserge; no debeis abandonar el título de Señoria de vuestro tio, y el magnífico palacio de vuestro padre por venir á habitar una choza como esta, y vivir entre pobres paisanos.»

Yo no repliqué: el caballero Hanson cayó en un sueño profundo, y nosotros fuimos á ponernos á la mesa; y despues de una comida bastante alegre, volvimos á tomar el camino para ir á casa.

Las pocas palabras que yo habia pronunciado, habian confirmado todas las sospechas del caballero Hanson: este quiso asegu-



rarse mas positivamente aun de lo que debia pensar. «Me ha sorprendido, me dijo, el veros hablar y disponer de esta casa para vuestra esposa. ¿Creeis que una muger del rango y de la fortuna de la que debeis pretender, se contentase con un asilo tan humilde? Porque seguramente vos no habreis sido tan imprudente para hacer una eleccion indigna de vos, y disponeros á despreciar la mano que un padre os presentará sin duda bien pronto.

— Amigo mio, respondí yo, alcanzo me parece lo que podeis sospechar, y pues que ahora soi dueño ya de mi persona, seria indigno de mí el ocultaros por mas tiempo mis verdaderos sentimien-

tos : yo amo á vuestra hija Elisa con toda mi alma. Sí, no os sorprendais....

— No, replicó esforzándose en ocultar su emocion, no, no me sorprende; pero esperimento una pena indecible al ver confirmadas mis sospechas : yo me haré un cargo de no haber evitado un mal que debia haber previsto, y que (lo confieso) he temido largo tiempo.

— ¿Y por qué reconveniros de eso? Yo daré á mi padre tan buenas razones, que no se atreverá á rechazarlas; y á mas de esto, ¿no soi yo independiente é inglés?

— Vos sois lo uno y lo otro, y esto no os dispensa de llenar vuestros deberes: el mio es de poner-

(258)

me de parte de vuestro padre: perdonadme, pues, si me veo precisado á negaros mi casa: si persistis en venir á ella, me obligareis á separarme de mi hija, á confiarla cuidados estraños, y esto seria para mí un golpe mortal.»

Yo declamé vivamente contra este decreto cruel; le pinté el exceso de mi amor; le probé la injusticia del procedimiento de un padre, que por razones de conveniencias fingidas quisiese oponerse á la felicidad de su hijo. La bondad de mi causa me hizo tan elocuente, que llegué á enternecerle, y me prometió no oponerse mas á mi gusto si durante un año entero me privaba yo de ver á Elisa. Este decreto me pareció

(259)

mas duro aun acaso que el primero. Renunciar voluntariamente á no ver mas á Elisa durante tanto tiempo, me parecia imposible; pero yo le supliqué, y no pude lograr el permiso de verla una sola vez, para decirla el último á Dios. Yo hice esta promesa, pero con una opresion de corazon que nunca habia experimentado: hubiera sin duda desistido, me hubiera atrevido á faltar á mi palabra en unas circunstancias en que miraba el juramento que habia hecho como violento; pero el castigo, que debia ser la consecuencia, me contuvo. Hanson me habia declarado, que si yo hacia solamente una tentativa para hablar á Elisa, él advertiria á mi padre de lo que

Coimbra University  
Biblioteca Universitaria

(260)

pasaba, y enviaria á su hija á algun punto lejano é ignorado de mí.

Disgustado de la vida, fastidiado de todo lo que no era Elisa, empecé á abandonar mis estudios y á abandonarme enteramente á esta indolencia que arrastra tras sí la costumbre de entregarse á una pasion imperiosa; en fin, yo no pensaba sino en Elisa; no veia por todas partes sino á Elisa, y toda conversacion que no la tenia por objeto, se me hacia insoponible: mi único consuelo era el de escribirla alguna vez y recibir de cuando en cuando noticias suyas.



FIN DEL TOMO X.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE LEON  
CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

22/9/83 MICROFILMADO P-2-83

